

sión de conocer a los que en su tiempo existían, supo agradecer a los aficionados con quienes se relacionó, los datos que pudieron suministrarle, e hizo mención honrosa de ellos en sus escritos; y aún más, les dio sus respectivos nombres, a algunas muestras de especies, para él nuevas, en materia de fósiles, que le fueron presentadas como pequeños obsequios o recuerdos amistosos. Así puede verse en las ricas láminas grabadas que acompañan a su famosa edición de lujo, la cual tendré el gusto de enseñar a usted algún día, si usted lo desea.

## ARTICULO X

La primera mitad del siglo XVIII fue una época de importantes trabajos y muy fructuosas empresas en las misiones de Casanare, y a ellas están asociados los nombres de los padres Gumilla, Mimbela, Rivero, Neira, Román —autor de una **Historia del Orinoco**— y otros no menos beneméritos, por los grandes servicios que prestaron en ellas a la civilización y a la humanidad. Mucho debieron entonces una y otra a los hijos de Loyola por las fundaciones de multitud de pueblos y reducción de no pocas tribus. Más de cuarenta se contaban ya en los Llanos, bien organizados, en lo material y en lo formal, cuando los Jesuítas tuvieron que dejar el país.

El padre Gumilla, no sólo fue misionero activo y valeroso, sino también historiador notable. Es-

cribió, entre otras cosas, el **Orinoco ilustrado**, obra clásica en su género, **Historia de las Misiones** y la **Vida del padre Juan Rivero**. También escribió una gramática y vocabulario de la lengua **betoya**, que fueron muy útiles a otros muchos misioneros. ¡Loor imperecedero a esta ilustre sociedad, y a su inmortal fundador!

Apenas toco de paso este punto, pero no he querido dejar de hacer mención de él, porque todo lo que se refiere a la salvadora y humanitaria institución de las misiones, merece especial atención; y la época de que tratamos fue aquélla en que con más esplendor brilló en América esa cruzada de la fe y la religión, única que han civilizado y civilizarán al mundo, a despecho de los gobiernos que, llamándose grandes e ilustrados —o que presumen serlo— hostilizan y persiguen, a manera de los bárbaros, tan grande y benéfica institución. Por fortuna esos gobierno son impotentes para oponerse a la obra providencial, porque escrito está que el Evangelio ha de predicarse en todo el mundo.

Por el mismo tiempo se erigió el Virreinato de la Nueva Granada, que hasta allí había sido gobernada por presidentes, medida que se hacía ya necesaria por cuanto la grande extensión territorial del país, su inmensa distancia de Lima, sede virreinal, a cuya Audiencia era preciso ocurrir en último caso, y más que todo, las frecuentes y escandalosas colisiones entre los diferentes gobernantes —colisiones que exigían el envío de Visitadores que no hacían sino complicar las cosas—, todo esto, digo, embarazaba hasta lo sumo

la administración pública, y entrababa la regular marcha del Gobierno.

Creo que dije a usted ya, que el Arzobispo Fray Francisco Rincón gobernó con acierto de 1715 a 1718, después de haber estado el Gobierno en manos de la Audiencia por destitución del Presidente Meneses. Vino después de éste, comisionado para establecer y fundar el virreinato, don Antonio Pedroza. Instalóle, en efecto, pero al año siguiente vino a reemplazarlo don Jorge Villalonga, sujeto inepto, que, no juzgándose capaz de soportar la carga, informó al Gobierno manifestando lo innecesario que era mantener un Virrey en este país, aunque no se había tomado el trabajo de conocerlo y estudiarlo. El virreinato fue suprimido y volvieron los Presidentes por un corto período, sin que ninguno de ellos dejase cosa notable que referir, si se exceptúa la pacificación de las tribus del Darién, durante el mando de don Rafael de Eslaba, y la gloriosa defensa de Cartagena contra la escuadra del Almirante Vernón, defensa que hizo su hermano don Sebastián de Eslaba nombrado para reinstalar el virreinato.

Aquí me viene como de perlas el recuerdo de este episodio glorioso de los anales de la Ciudad Heroica, episodio que ya traté largamente en el **Repertorio Colombiano**. Y me viene de perlas por una circunstancia reciente y de actualidad **palpitante**, como suele usted decir, aunque ya me ha prometido no volver a decirlo.

Como usted recordará, este señor Almirante vino a nuestras costas enviado por el Gobierno inglés a mediados del siglo último para hostilizar las posesiones españolas. Tomado Portobelo, pla-

za secundaria y mal defendida, creyó que podía hacer lo mismo con Cartagena, y habiendo recibido refuerzos de su país, se dirigió contra esta plaza, persuadido de un seguro triunfo. En Inglaterra se tenía por tan seguro, que, entre otras cosas, le mandaron varias medallas acuñadas que conmemoraban la toma de Portobelo, y también la de Cartagena, que se creía infalible. Una de ellas representaba al Gobernador don Blas de Lesso, que, con el Virrey Eslaba, dirigían personalmente la defensa, arrodillado delante del Almirante, entregándole la espada, y alrededor una inscripción que decía: **The pride of Spain humbled by Admiral Vernon.**

Usted sabe que el Almirante volvió trasquilado en vez de llevar lana, pues la derrota fue completa. Otra medalla con las mismas figuras pudiera muy bien haberse acuñado llevando este lema: **The pride of England humbled by Governor Lesso.**

Pues bien, esa medalla con otras varias, de bronce una y de cobre otras (parece que són 16), forman una colección interesantísima traída por nuestro compatriota el señor don Nicolás José Casas, quien, con una perseverancia y acuciosidad dignas de todo elogio, logró reunir las en Inglaterra, y es la que generosamente ha regalado a nuestro museo, y cuyas copias litografiadas se están publicando en los **Anales de la instrucción pública.** Persona muy competente y conocedora de todos los museos de Europa me ha asegurado que ni el Museo Británico ni el de Madrid —los dos más ricos en esta materia— poseen una igual.

Hombres como el señor Casas son honra y glo-

ria de nuestro país, por su amor al estudio y por su patriótico desinterés. Y, si es que el Gobierno Nacional no le ha dirigido expresivas frases de agradecimiento por tan importante donación, yo me permito hacerlo aquí, en nombre del museo y en nombre de usted, y mío.

Me figuro que en todos los países medianamente civilizados se estiman estas cosas hasta un grado que en ocasiones parece exagerado, si no ya fabuloso, y todos los días se ve que un instituto científico, una sociedad de anticuarios, o un simple particular, aficionado, ofrecen grandes sumas por una cosa que a muchos parece insignificante, y que tal vez lo es en sí, pero a la cual da valor y mérito el transcurso de los siglos, que todo lo engrandece, y el carácter nobilísimo de datos históricos.

Volvamos a nuestro Almirante. El 8 de mayo salía avergonzado y mohíno de las aguas de Cartagena, cubriendo la retaguardia de su escuadra, en camino para Jamaica, y de allí para su tierra, donde fue muy mal recibido.

Cartagena fue siempre, desde tiempos anteriores, el blanco de las empresas piráticas de los europeos, y más de una vez sufrió asaltos y saqueos, y sitios crudelísimos, como el de que acabamos de hablar, el de Morillo en 1814, y el muy reciente de 1885, siendo de notar, como circunstancia curiosa, que el mes de mayo ha sido como el escogido para los combates y triunfos de aquella heroica plaza, ya en gloriosas guerras nacionales, ya en tristes contiendas fratricidas. En mayo de 1679 se levantó el sitio que le había puesto la escuadra pirática del Barón de Pointis, en combinación con

la de otro pirata Ducasse, en gran parte de alzados y aventureros, pero compuesta de veintidós navíos y como 14.000 hombres. La defensa del castillo de Bocachica, hecha entonces por el célebre castellano don Sancho Jimeno, es una de las más heroicas que registran los anales de aquella ciudad, y le mereció a este valiente la estimación y las consideraciones de los jefes piratas, hasta el punto de ofrecerle uno de ellos su espada. La respuesta que dio a la intimación que se le hizo, de que entregase el castillo, pues era una temeridad que continuase resistiendo con tan poca gente como tenía, será siempre un timbre de gloria para su nombre: “Dígale usted a su jefe —contestó al mensajero— que no entrego el castillo porque no es mío, sino que se me ha dado a guardar; pero que, si quiere, venga por él. Que tengo mucha gente y muchas municiones (y estaba casi solo); pero que si tengo poca o mucha, nada le importa a él, y aunque me quedara solo, solo lo defendería.”

Todavía es más curiosa la coincidencia de que el 8 de mayo de 1739 se levantó el sitio que puso la escuadra de Vernón, según hemos visto, y el 8 de mayo de 1885, terminó igualmente el que los revolucionarios de ese año pusieron a la misma plaza, mandados por su jefe Ricardo Gaitán Obeso.

En esos tiempos, era la Inglaterra la que, por rivalidades políticas y religiosas con la España, armaba expediciones contra sus colonias de América, o bien auxiliaba secretamente las empresas piráticas de los aventureros que por su cuenta venían a nuestras costas a incendiar y saquear sus poblaciones, como sucedió con la del **caballero Drake**.

Hoy, en pleno siglo XIX, y con un pie ya en el XX, en la Italia la que se ha encargado de hostilizar y amenazar las que fueron colonias españolas, y ahora son repúblicas soberanas e independientes, aunque incipientes y débiles, como lo fue la Italia en sus principios.

## ARTICULO XI

Durante esta guerra de la España con la Inglaterra, se presentó un acontecimiento, que aunque no tocaba directamente con el territorio que hoy se llama Colombia, es señaladísimo en la historia de las ciencias y de magna trascendencia por su inmensa importancia, a saber: la llegada a Cartagena, en noviembre de 1735, de la comisión científica enviada por el gobierno de Francia para medir el grado del meridiano terrestre en la línea ecuatorial, y poder así determinar con precisión la figura de la tierra, que hasta fines del siglo XVII se creía perfectamente esférica.

No me tomaría la libertad de hacer a usted alguna explicación sobre esto, si usted misma no me hubiera manifestado deseo, o curiosidad, de saber algo más sobre esa Expedición con motivo de lo que hemos hablado acerca del Museo de Bogotá y de una lápida que usted vio allí.

Excuso decir a usted —porque lo sabe tan bien como yo— que los meridianos son círculos imaginarios que van de un polo a otro de la tierra, y se suponen divididos como los demás círculos en 360 partes o grados. Pues bien: si uno de esos grados, medido en el Ecuador, resultara tener menor extensión que otro inmediato al polo, aquél